

I

A mediados del invierno de 185..., una división de nuestra batería formaba parte de un destacamento que se hallaba en el Gran Chechena. Cuando me enteré, en la tarde del día 14 de febrero, que habían designado la sección que yo mandaba, en ausencia del oficial, para formar parte de la columna que al día siguiente iba a talar el bosque, recibí y transmití las órdenes necesarias y me dirigí antes que de costumbre a mi tienda de campaña. Como no tenía la mala costumbre de calentarla con carbón encendido, me acosté sin desnudarme en un catre colocado sobre unas sacas, me encasqueté la gorra sobre los ojos y, envolviéndome en la pelliza, me dormí con ese sueño particular, fuerte y pesado que se tiene en los momentos de inquietud y de preocupación ante el peligro. La espera de la expedición del día siguiente me había puesto en ese estado.

A las tres de la madrugada, cuando aún reinaba la oscuridad completa, alguien me arrancó de encima la pelliza caliente, y la luz roja de una vela hirió desagradablemente mis ojos adormilados.

—Haga el favor de levantarse —dijo una voz.

Cerré los ojos y, tapándome de nuevo con la pelliza de un modo inconsciente, me volví a dormir.

—Haga el favor de levantarse —repitió Dimiti, sacudiéndome despiadadamente por el hombro—. La infantería se pone ya en camino.

De pronto recordé la realidad y, estremeciéndome, me puse en pie de un salto. A toda prisa bebí un vaso de té, me lavé con agua helada y salí de la tienda para dirigirme al parque de artillería. Estaba oscuro, había niebla y hacía frío. Las hogueras que ardían aquí y acullá en el campamento, iluminando las figuras de los soldados que dormitaban acostados en torno a ellas, aumentaban la oscuridad con su resplandor rojo. Se oía un ronquido tranquilo y uniforme; y, a lo lejos, movimiento, conversaciones y el entrechocar de los fusiles de la infantería, dispuesta para la expedición; olía a humo, a estiércol, a mecha y a niebla; me recorrió la espalda un escalofrío producido por el fresco de la mañana y me castañetearon los dientes a pesar mío.

Sólo por el resoplido y el piafar de los caballos se podía adivinar en esa oscuridad impenetrable donde se hallaban los avantrenes y los armones enganchados y, por las puntas brillantes de las mechas, el lugar de los cañones. La primera pieza se puso en marcha, seguida de un armón y del destacamento, a las palabras; «Con Dios». Todos nos descubrimos para hacer el signo de la cruz. Al llegar junto a la infantería, la sección se detuvo y esperó durante un cuarto de hora a que se reuniera toda la columna y la llegada del jefe.

—Nos falta un soldado, Nikolai Petrovich —dijo una figura negra que se acercaba a mí; sólo por la voz reconocí que era Maximov, el polvorista del destacamento.

—¿Quién es?

—Velenchuk. Mientras enganchaban lo he visto por aquí, pero ahora no está.

Como no era probable que la columna se pusiera en marcha en seguida, decidimos mandar al cabo Antonov en busca de Velenchik. Poco después, pasaron trotando junto a nosotros en la oscuridad varios jinetes: era el jefe con su séquito. Acto seguido se puso en marcha la cabeza de la columna y, finalmente, también nosotros. Antonov y Velenchik no aparecían. Pero no habíamos recorrido aún cien pasos cuando ambos soldados nos alcanzaron.

—¿Dónde estaba? —le pregunté a Antonov.

—Durmiendo en el parque.

—¿Está borracho?

—No.

—¿Cómo ha podido quedarse dormido, pues?

—No lo sé.

Por espacio de tres horas avanzamos lentamente por unos campos sin labrar, desprovistos de nieve, y por los espinares que crujían bajo las ruedas de los cañones en aquella silenciosa oscuridad. Finalmente, cuando atravesamos un riachuelo poco profundo, aunque de curso muy rápido, nos ordenaron que nos detuviéramos. En la vanguardia se oyeron unos disparos de fusil. Como siempre, estos disparos excitaron particularmente a todos. El destacamento pareció despertarse: en las filas se oyó un gran movimiento, conversaciones y risas. Algunos soldados luchaban con sus compañeros; otros, saltaban de un pie a otro: otros, comían pan seco, o, para pasar el tiempo, se ejercitaban en presentar y rendir armas. La niebla comenzaba a disiparse por Oriente, la humedad se hacía más sensible y los objetos circundantes iban

destacándose paulatinamente en la oscuridad. Ya distinguía las cureñas, y los armones, el cobre de los cañones cubiertos de humedad, las conocidas figuras de mis soldados, que involuntariamente había examinado hasta en sus mínimos detalles, los caballos bayos y las filas de infantería con sus bayonetas claras, sus mochilas, sus sacatrapos y sus marmitas colgados en la espalda.

No tardaron en mandarnos que nos pusiéramos en camino de nuevo; y, cuando hubimos recorrido unos cuantos cientos de pasos a campo traviesa, nos indicaron el paraje. A la derecha se veía la ribera escarpada de un riachuelo sinuoso y las altas estacas del cementerio tártaro. A la izquierda, y frente a nosotros, se divisaba una línea negra a través de la niebla. La sección se bajó de los avantrenes. La octava compañía, que defendía la retaguardia, colocó los fusiles en pabellón, y el batallón de soldados penetró en el bosque, armado de hachas y fusiles.

Pero, antes que transcurrieran cinco minutos, empezaron a crepitar hogueras humeantes por todos lados; los soldados atizaban el fuego con los pies y las manos; arrastraban leños y ramas y cientos de hachas golpeaban sin cesar troncos de árboles que se desplomaban.

Los artilleros, rivalizando con los infantes, encendieron su propia hoguera y, aunque ardía vivamente, hasta el punto de que no se podían acercar a dos pasos, no se contentaban; arrastraban troncos, echaban broza y atizaban el fuego cada vez más. La densa humareda negra se filtraba a través de las ramas heladas, cuyas gotas de rocío hervían con la llama; abajo se habían formado carbones y la hierba blanca y mortecina se había deshelado en torno a la hoguera.

Cuando me acerqué a la hoguera para encender un cigarro, Velenchuk, que siempre se mostraba diligente, y en esta ocasión se afanaba más que nadie porque había cometido una falta, en un acceso de celo, sacó del fuego una brasa que pasó un par de veces de una mano a otra, hasta que finalmente la tiró al suelo.

—Enciende una rama y dásela —dijo uno.

—Acercadle una mecha, hermanos —intervino otro.

Cuando finalmente encendí el cigarro sin la ayuda de Velenchik, que de nuevo había querido coger una brasa, se frotó los dedos quemados en la parte posterior de los faldones de su capote y, por hacer algo, levantó un enorme tronco y lo lanzó a la hoguera con todas sus fuerzas. Cuando juzgó por fin que ya podía descansar, se acercó a las llamas, se desabrochó el capote que llevaba a guisa de capa, abotonado con un solo botón, separó las piernas, extendió hacia delante sus manazas negras y, torciendo ligeramente la boca, entornó los ojos.

—¡Vaya, se me ha olvidado la pipa! ¡Qué desgracia, hermanos míos! —exclamó,

después de un breve silencio y sin dirigirse a nadie en particular.

II

En Rusia predominan tres clases de soldados, en las que pueden comprenderse todas las tropas; las del Cáucaso, de la guardia, de infantería, de caballería, de artillería, etcétera.

Los tipos principales, con muchas divisiones y subdivisiones, son los siguientes:

1. Los sumisos.
2. Los autoritarios.
3. Los temerarios.

Los sumisos se subdividen en: a) sumisos indiferentes; b) sumisos diligentes.

Los autoritarios comprenden: a) los autoritarios severos; b) los autoritarios diplomáticos.

Los calaveras se dividen en: a) calaveras divertidos; b) calaveras depravados.

El tipo más frecuente es seductor, simpático y, generalmente, reúne las mejores virtudes cristianas: la dulzura, la devoción, la paciencia y la resignación a la voluntad de Dios, es decir, es sumiso. El rasgo característico del sumiso de sangre fría es una serenidad que no se altera con nada y desprecio hacia las adversidades que el destino le depara. El rasgo característico del sumiso que bebe es una serena predisposición poética y sentimental; la del sumiso diligente, es la limitación de sus facultades intelectuales, unida a su celo y a su deseo de afanarse sin objetivo alguno.

El tipo de los autoritarios se encuentra principalmente en una esfera más elevada de soldados: cabos, sargentos, etcétera, y, en la primera subdivisión, la de los autoritarios severos, hay tipos muy nobles y enérgicos, sobre todo marciales y dotados de grandes arrebatos poéticos (a esta categoría pertenecía el cabo Antonov, al que quiero presentar a los lectores). La segunda categoría la constituyen los autoritarios diplomáticos, que desde hace algún tiempo empiezan a extenderse bastante. El autoritario diplomático es siempre elocuente, ilustrado, lleva camisa color de rosa, no come rancho, a veces fuma tabaco de Musatov, se tiene por mucho más que un simple soldado, pero rara vez es tan buen militar como al autoritario de la primera categoría.

El tipo del calavera, lo mismo que el de autoritario, es bueno en la primera categoría, la del calavera divertido, cuyos rasgos característicos son: alegría inquebrantable, gran capacidad para todo, naturaleza sana y arrojo; en la segunda, en cambio, es muy

malo. Sin embargo, es preciso decirlo en honor al ejército ruso, los calaveras depravados se encuentran muy rara vez, y de encontrarse, quedan aislados por sus mismos compañeros. La incredulidad y cierta osadía para el vicio son sus rasgos principales.

Velenchuk pertenecía a la clase de los sumisos diligentes. Era de origen ucraniano y servía en el ejército desde hacía quince años; era un soldado insignificante y poco hábil, pero ingenuo, bondadoso, muy diligente —aunque la mayoría de las veces intempestivo de su celo— sumamente honrado. Digo sumamente honrado porque el año anterior ocurrió un hecho en el que mostró de un modo patente esa cualidad característica. Es preciso observar que casi todos los soldados tienen su oficio. El más corriente es el de sastre o el de zapatero. Velenchik aprendió por sí mismo el primero de ellos, y a juzgar por el hecho de que Mijail Dorofeievich en persona, el sargento, le encargaba sus trajes, había llegado a cierto grado de perfección en su arte. El año anterior, Velenchik se encargó de confeccionar un capote de buena calidad para Mijail Dorofeievich; pero la misma noche en que lo cortó, le puso el forro y lo guardó debajo de la almohada, le ocurrió un percance: el paño, que había costado siete rublos, desapareció. Velenchuk, con sus ojos arrasados de lágrimas, los pálidos labios temblorosos y reprimiendo los sollozos, se lo comunicó al sargento. Mijail Dorofeievich se indignó. En el primer momento, despechado, amenazó al sastre, pero luego, como hombre bueno y pudiente, se desprecupó de aquello sin exigirle a Velenchik el importe del capote. Por más que hizo el diligente Velenchuk, por más que lloró y contó su desgracia, no se pudo encontrar al ladrón. Aunque se sospechaba de un soldado, calavera, libertino, un tal Chernov, que dormía con él en la misma tienda, no existían pruebas convincentes. El autoritario diplomático, Mijail Dorofeievich, como hombre de buena posición, hacía pequeños negocios con el vigilante del arsenal y con el jefe de la cooperativa, aristócratas de la batería, y no tardó en olvidar por completo la desaparición de su capote. Velenchik, en cambio, no pudo olvidar su desgracia. Los soldados temieron en aquella época que se suicidara o huyese al monte, hasta tal punto le había afectado su desventura. No comía ni bebía, ni siquiera podía trabajar y lloraba sin tregua. A los tres días de aquello, Velenchik, pálido, se presentó ante Mijail Dorofeievich y, con mano temblorosa, extrajo de la bocamanga una moneda de oro y se la tendió.

—Le juro, Mijail Dorofeievich, que es todo lo que tengo, y hasta eso lo he pedido prestado a Jdanov —dijo, sollozando—. En cuanto los gane, le devolveré los otros dos rublos. Él (ni el mismo Velenchik sabía quién era él) me ha hecho pasar por un bribón ante usted. Él, con su alma vil e hipócrita, ha robado a un soldado, hermano suyo, lo último que tenía; y yo que sirvo desde hace quince años...

En honor a Mijail Dorofeievich hay que decir que no aceptó los dos rublos restantes cuando Velenchik, al transcurrir dos meses, fue a entregárselos.

Además de Velenchuk, cinco soldados en mi sección se calentaban junto a la hoguera.

En el mejor sitio, resguardado del viento, el polvorista Maximov se hallaba sentado en una barrica fumando en pipa. La actitud, la mirada, y todos los movimientos de este hombre reflejaban la costumbre de mandar y la conciencia de su propio valer, sin hablar ya de la barrica en la que estaba sentado, que constituía durante los descansos el emblema del poder, ni de su pelliza revestida de buena tela. Cuando me acerqué, Maximov movió la cabeza, pero sus ojos continuaban fijos en la llama y sólo mucho después su mirada, siguiendo la dirección de su cabeza, se fijó en mí. Maximov era hijo de campesinos propietarios, tenía dinero y había seguido un curso en la escuela de la brigada, adquiriendo conocimientos. Era muy rico y muy erudito, como decían los soldados. Recuerdo que una vez en un ejercicio práctico de tiro explicó, con el cuadrante en la mano, a los soldados que se habían reunido en torno suyo, que el nivel no es más que el resultado del movimiento atmosférico del mercurio. En realidad, Maximov no era tonto y conocía perfectamente su obligación; pero tenía la extraña costumbre de hablar, en ocasiones a propósito, de forma que nadie pudiera comprenderle y estoy seguro de que tampoco él comprendía sus propios términos. Le gustaban particularmente, las palabras «resulta» y «prosiguiendo», y cuando las decía, ya sabía yo de antemano que no podría comprender nada. En cambio, según pude observar, a los soldados les gustaba oír estas palabras. Se imaginaban que tenían un profundo sentido, aunque, lo mismo que yo, no comprendían nada; atribuían esta falta de comprensión a su propia estupidez y, por tanto, respetaban más a Fiador Maximovich. En una palabra, Maximov era un autoritario diplomático.

El Segundo soldado, que se calzaba los pies musculosos y colorados junto al fuego, era Antonov. Era el artillero que en el año 37 se había quedado con otros dos junto a un cañón, disparando contra el poderoso enemigo, con dos balas incrustadas en el muslo. «Hace mucho tiempo que sería polvorista a no ser por su carácter», decían de él los soldados. En efecto, tenía un carácter extraño: cuando no estaba borracho, no había hombre más tranquilo, más dulce ni más exacto; pero cuando bebía se volvía completamente distinto: no reconocía la autoridad, se peleaba, alborotaba y procedía como un soldado indigno. Una semana antes, durante el Carnaval, se dio a la bebida; y, pese a las amenazas, las exhortaciones y a haberle atado al cañón, bebió y alborotó hasta el primer lunes de Cuaresma. A pesar de que el destacamento tenía permiso para no observar la abstinencia de carne, Antonov se alimentaba solamente de pan seco y en la primera semana ni siquiera tomó su ración de vodka. Por otro lado, había que ver esa figura de mediana estatura, robusta, con sus piernas cortas y torcidas, su cara resplandeciente y con bigote cuando ligeramente embriagado, cogía la balalaika en sus musculosas manos y, mirando distraído a su alrededor, empezaba a tocar una canción. O cuando paseaba por la calle con el capote, lleno de condecoraciones, echado por los hombros y las manos en los bolsillos del pantalón azul, expresando orgullo por ser soldado y desprecio hacia los que no lo fueran. En tales momentos bastaba ver su cara para comprender que no podía dejar de pegarse con un asistente

que le dijera alguna grosería o con alguien que se encontrase por casualidad, bien fuese cosaco, infante o extranjero, en una palabra, que no perteneciera a la artillería. Se pegaba y alborotaba, no tanto por propia satisfacción como por mantener el espíritu de la soldadesca, de la cual se consideraba representante.

El tercer soldado, que se hallaba en cuclillas junto a la hoguera, era el conductor de artillería Chikin. Tenía cara de pájaro, un bigotillo erizado y sostenía en la boca una pipa de porcelana. El simpático Chikin, como le llamaban los soldados, era bromista. Tanto con una gran helada, como con barro hasta la rodilla, sin haber comido nada durante dos días, estando de expedición, pasando revista o haciendo prácticas, el buen hombre hacía muecas, piruetas, y gastaba tales bromas que todo el destacamento se moría de risa. Durante los descansos o en el campamento, a Chikin lo rodeaba siempre un grupo de soldados jóvenes con los que jugaba una partida de filka (juego de cartas), o a los que contaba anécdotas de un soldado astuto y de un milord inglés. A veces imitaba a un tártaro, a un alemán, o, simplemente, hacía observaciones que producían la hilaridad general. Su reputación de hombre divertido estaba tan consolidada en la batería, que le bastaba abrir la boca o guiñar un ojo para suscitar una carcajada general; pero no dejaba de tener mucha comicidad espontánea. En todo veía algo particular, algo que a los demás ni siquiera se les ocurría, y la capacidad de observar la parte ridícula no cedía con ningún sufrimiento.

El cuarto era un muchacho poco agraciado, un recluta del año anterior, que salía por primera vez en una expedición. Estaba envuelto por el humo y tan acerca del fuego que poco faltaba para que se le prendiera la ropa; pero, a pesar de eso, por su raída pelliza desabrochada y la postura tranquila y desenvuelta de sus piernas arqueadas, se veía que experimentaba un gran placer.

Finalmente, el quinto, que se hallaba sentado algo más lejos de la hoguera tallando una ramita, era Jdanov, el más antiguo de todos los soldados de la batería. Había conocido a todos los demás como reclutas, que por una antigua costumbre lo llamaban tiíto. Según decían, no bebía nunca, no fumaba, no jugaba a las cartas, ni profería juramentos. Todo el tiempo que le quedaba libre del servicio lo empleaba en su oficio de zapatero; los días festivos iba a la iglesia, siempre que le fuera posible, o bien encendía una vela que costaba un kopeck ante una imagen y abría el libro de Salmos, el único que sabía leer. Hablaba poco con los soldados y se mostraba frío y respetuoso con los de grado superior, aunque fuesen más jóvenes que él; como no bebía, no tenía ocasión de tratar a sus iguales; sin embargo, apreciaba mucho a los reclutas y a los soldados jóvenes: los solía proteger, les daba consejos y, a menudo, les ayudaba. Todos los de la batería lo consideraban como a un capitalista, porque tenía veinticinco rublos, que prestaba al soldado que realmente los necesitase. Maximov, que en la actualidad era polvorista, me contó que diez años atrás, cuando entró en filas y los veteranos se gastaron su dinero en beber, al enterarse de su situación, Jdanov lo llamó y, después de recriminarle severamente su proceder y hasta de pegarle, le dijo cómo debía vivir un soldado, le regaló una camisa, porque ya no tenía ninguna y cincuenta

kopecks. «Ha hecho de mí un hombre», decía Maximov, hablando de él con respeto y agradecimiento. También protegió a Velenchik desde que entró en filas y le ayudó cuando tuvo la desgracia de perder el capote, así como a muchos otros durante sus veinticinco años de servicio.

No se podía desear un soldado que conociese mejor su obligación, que fuese más valiente ni más puntual; pero era demasiado dulce e insignificante para ser promovido a polvorista, a pesar de ser artillero desde hacía quince años. La única alegría, casi la pasión, de Jdanov, la constituían las canciones, y tenía preferencia por algunas. Solía reunir un grupo de cantantes entre los jóvenes soldados y, aunque no sabía cantar, permanecía con ellos, con las manos en los bolsillos de la pelliza y los ojos entornados, expresando su participación moviendo la cabeza y las mandíbulas. No sé por qué en ese movimiento de mandíbulas que sólo observaba en él, encontraba mucha expresión. Su cabeza blanca como la nieve, su bigote teñido de negro y su rostro moreno y surcado de arrugas, le daban a primera vista una expresión severa y grave; pero al fijarse en sus grandes ojos redondos, sobre todo cuando sonreía (nunca lo hacía con los labios), se observaba algo extraordinariamente dulce, casi infantil, que sorprendía.

IV

—¡Vaya! Se me ha olvidado la pipa. Es una desgracia, hermanos míos —repitió Velenchuk.

—Sería mejor que fumaras cigarrillos, buen hombre —dijo Chikin, torciendo la boca y guiñando un ojo—. En casa yo fumaba siempre cigarrillos; son más suaves.

Como es natural, todos soltaron una carcajada.

—¡Ah! ¿Con que se te ha olvidado? —intervino Maximov, sin hacer caso de la risa general, mientras daba golpecitos con la pipa en la palma de su mano izquierda con gesto altivo y autoritario—. ¿Dónde te habrás metido? ¿Eh, Velenchuk?

Velenchuk se volvió hacia él, se llevó la mano a la gorra y después la bajó.

—Por lo visto, no has dormido bastante, ya que te quedas dormido en pie. Esas cosas se castigan.

—Que me aspen, Fiodor Maximovich, si he bebido una sola gota; ni yo mismo sé lo que me ha ocurrido —replicó Velenchuk—. ¿Con qué motivo me iba a emborrachar? —masculló.

—Está bien. Uno tiene que responder de ti ante los jefes y, sin embargo, siempre haces lo mismo. Te portas muy mal —concluyó el elocuente Maximov, con un tono más tranquilo ya.

—Es un milagro, hermanos míos —continuó Velenchuk después de un breve silencio, sin dirigirse a nadie en particular, mientras se rascaba la coronilla. Un verdadero milagro, hermanos míos. Hace dieciséis años que sirvo y nunca me ha pasado una cosa igual—. Cuando dieron la orden de formar, me preparé como es debido. Todo fue bien hasta que, de pronto, estando en el parque, ella se apoderó de mí... Y, agarrándome, me echó al suelo. Eso fue todo... Ni yo mismo me he dado cuenta de cómo me dormí, hermanos míos —concluyó.

—Me costó trabajo despertarte —comentó Antonov, calzándose una bota—. Te empujaba como un tronco...

—En mi tierra hubo una mujer que se pasó dos años en la cama durmiendo. Una vez quisieron despertarla, creyéndola dormida, y vieron que estaba muerta.

—Cuéntanos, Chikin, cómo te dabas tono cuando estabas de licencia —dijo Maximov sonriendo y mirándome, como si dijera: «¿Quiere usted oír hablar a un hombre tonto?».

—¡No se trataba de darme tono! —replicó Chikin, mirándome de reajo—. Sólo contaba cómo es el Cáucaso.

—¡Claro! ¡Claro! No te hagas rogar... Cuéntanos cómo alardeabas delante de los demás.

—Ya se sabe cómo lo hacía. Me preguntaban cómo vivíamos y yo les decía que muy bien —empezó diciendo Chikin con el aire y la volubilidad del hombre que ha contado varias veces lo mismo—. Nos dan muy bien de comer; por las mañanas y por las noches cada soldado recibe una taza de chocolate; a la hora de comer, una sopa de cebada perlada, lo mismo que los señores, y, en lugar de vodka, una copa de vino de Madera, que, sin contar el caso, vale cuarenta y dos copecks.

—¡Valiente madera! —exclamó Velenchuk lanzando una carcajada que dominó las de los demás—. ¡Vaya un madera!

—Bueno, ¿y cómo describías a los asiáticos? —continuó preguntando Maximov cuando la risa general se hubo calmado un poco.

Chikin se inclinó hacia la llama, sacó una brasa por medio de una ramita y la puso en la pipa. Como si no se diera cuenta de la curiosidad silenciosa, llena de excitación, del auditorio, encendió en silencio y con gran calma el tabaco. Después arrojó la brasa, se echó hacia atrás la gorra y, fumando y sonriendo ligeramente, continuó:

—También me preguntaban cómo es el circasiano y si los turcos luchaban contra

nosotros en el Cáucaso. Yo les decía: el circasiano no es siempre igual: los hay distintos, como es de suponer. Algunos viven en las montañas pedregosas y comen piedras en lugar de pan. Son altos como unos troncos, tienen un ojo en la frente y llevan unos gorros rojos, como la llama, lo mismo que el tuyo, muchacho —añadió, dirigiéndose a un joven recluta que, en efecto, llevaba un gracioso gorrito colorado por la parte de arriba.

A esta salida inesperada, el soldado se sentó en el suelo, se golpeó las rodillas y, lanzando una carcajada, fue presa de un acceso de tos, tan fuerte, que apenas pudo pronunciar, sofocándose:

—¡Vaya unos montañeses!

—También existen los numri —prosiguió Chikin, echándose la gorra hacia la frente con un movimiento de cabeza—. Son pequeños, una cosa así. Siempre van de dos en dos, sujetos por las manos, y corren tan veloces que no se los alcanzaría ni montando a caballo. «Pero ¡cómo!, ¿es que nacen cogidos de la mano?», me preguntaban —dijo Chikin parodiando a un campesino con su voz de bajo—. Sí, buen hombre, son así por naturaleza. Si se les separasen las manos, sangrarían; es lo mismo que si se les quita el gorro a los chinos, también sangran. «Cuéntanos cómo guerrear». Pues veréis: si le cogen a uno, le abren el vientre en canal, le cuelgan los intestinos en la mano y venga a agitarlos. Ellos los agitan y uno se ríe, se ríe, hasta quedarse sin aliento...

—¿Y te creían, Chikin? —preguntó Maximov, sonriendo ligeramente, mientras los demás se morían de risa.

—La gente es tan extravagante, Fiador Maximovich, que se lo creían todo, le juro que se lo creían todo. En cambio, cuando les hablé del monte Kasbek, diciendo que no se deshíela en él la nieve en todo el verano, se rieron en mis propias barbas. «¿Qué nos cuentas, buen hombre? ¿No se va a deshelar la nieve en un monte tan alto? Aquí, en la época de deshielo, la nieve se funde antes en cualquier cerro que en los valles». ¡Ya veis! —terminó Chikin, guiñando un ojo.

V

El claro disco del sol que se filtraba a través de la neblina blanca y lechosa se había remontado bastante alto; el horizonte, de un gris violáceo, se ensanchaba poco a poco y, aunque mucho más lejos que antes, no dejaba de estar limitado por la blanca barrera engañosa de la niebla.

Ante nosotros, más allá del bosque talado, se abría una pradera bastante grande, en la que se elevaba por todos lados el humo negro, blanco lechoso o violáceo de las hogueras y capas de niebla que formaban extrañas figuras. A lo lejos, aparecían, de cuando en cuando, grupos de tártaros montados y se oían los disparos poco frecuentes

de nuestras carabinas y de nuestros fusiles y cañones.

«Esto no era más que un juego», según decía nuestro bondadoso capitán Jlopov.

El comandante de la novena compañía de cazadores se acercó a mis cañones y, señalando tres jinetes tártaros que pasaban junto al bosque, a una distancia de unas seiscientas sajenas de nosotros, con esa afición que suelen tener los oficiales de infantería a los disparos de la artillería, me rogó que les enviase una bala de cañón o una granada.

—¿Ve esos dos árboles? —dijo, con su sonrisa bondadosa y persuasiva, extendiendo el brazo por encima de mi hombro—. Pues, delante de ellos hay un tártaro montado en un caballo blanco, lleva guerrera circasiana negra, y ahí detrás, hay otros dos. ¿Los ve? ¿No se podría, por favor...?

—Ahí llegan otros tres; ahí, junto al bosque —añadió Antonov, que se distinguía por su buena vista, acercándose a nosotros y ocultando la pipa que fumaba tras de la espalda—. El que va delante ha sacado el fusil de la funda. ¡Se ve muy bien!

—¡Anda! ¡Ha disparado! Se ve el humo —exclamó Velenchuk, que se hallaba entre un grupo de soldados, detrás de nosotros.

—Debe de apuntar hacia nuestras filas, el muy bribón —observó otro.

—Fijaos cuántos han salido del bosque; se conoce que estudian el terreno para colocar los cañones —añadió un tercero—. Si les enviásemos una granada, no les vendría mal.

—¿Y crees, buen hombre, que llegaría hasta allí? —preguntó Chikin.

—Debe de haber unas quinientas, o quinientas veinte sajenas, no más —dijo Maximov con sangre fría, como si hablara consigo mismo, aunque se veía que, lo mismo que los demás, estaba deseando disparar—. Si tirásemos con el de cuarenta y cinco, no cabe duda de que haríamos blanco.

—Si apuntase usted al grupito, seguro que caería alguno. ¡Ahora, ahora que se han reunido! Ordene que disparen —seguía suplicándome el jefe de la compañía.

—¿Manda usted encarar la pieza? —me preguntó de pronto Antonov con su entrecortada voz de bajo y expresión de ira.

Confieso que también yo deseaba disparar; ordené que encarasen el segundo cañón.

Apenas lo hice, cuando ya habían colocado el obús, y Antonov, inclinado sobre el punto de mira, llevaba el cañón de derecha a izquierda.

—Un poco a la izquierda..., una pizquita a la derecha... más, un poco más... Eso es, ya está bien —concluyó, retirándose con expresión de orgullo.

El oficial de infantería, Maximov, y yo fijamos la vista en el punto de mira y cada uno dio una opinión distinta.

—Estoy seguro de que caerá demasiado lejos —observó Velenchuk chascando la lengua, aunque no se basaba en nada para suponerlo, puesto que había mirado por encima del hombro de Antonov—. Estoy seguro de que caerá demasiado lejos, ¡hará blanco en aquel árbol!

—¡Fuego! —ordené.

Los sirvientes del cañón se separaron. Antonov se retiró corriendo para presenciar el vuelo del obús; el tubo se inflamó, resonando el bronce. Al mismo tiempo nos envolvió el humo de la pólvora, y en medio del retumbar sordo del disparo, se destacó un sonido metálico y sibilante que se alejaba con la rapidez de un rayo, perdiéndose a lo lejos en el silencio general.

Algo más allá del grupo de jinetes se distinguió una humareda blanca, los tártaros se dispersaron y la explosión del proyectil llegó hasta nosotros.

—¡No está mal! ¡Han huido! Hay que ver: a estos diablos no les agradan estas cosas —se oyó comentar entre las filas, animadamente y en tono de burla, a los artilleros y a los infantes.

—Si se hubiese disparado un poquitín más bajo, se habría hecho blanco en el mismo grupo —observó Velenchuk—. Dije que daría en el árbol y así ha sido. Ha caído demasiado a la derecha.

VI

Dejé a los soldados comentando cómo habían huido los tártaros, para qué habían ido allí y si eran numerosos los que aún quedaban en el bosque, y me alejé unos cuantos pasos acompañado del comandante de la compañía. Nos sentamos al pie de un árbol, mientras esperábamos las chuletas asadas que me había ofrecido. El comandante de la compañía, Boljov, era uno de esos oficiales a los que se suele llamar en los regimientos de buena estrella. Tenía dinero, había hecho el servicio en la guardia y hablaba francés. Y, a pesar de eso, los compañeros lo querían, lo apreciaban. Era bastante inteligente y poseía el tacto suficiente para llevar la guerrera según la moda de San Petersburgo, comer bien y hablar francés, sin zaherir demasiado a los oficiales que lo rodeaban. Después de charlar un rato del tiempo, de las operaciones militares, de los oficiales que ambos conocíamos, y, convenciéndonos (por las preguntas y respuestas y

por el punto de vista sobre las cosas) de que nuestras ideas nos satisfacían mutuamente, pasamos sin querer a una conversación más íntima. Además, al encontrarse en el Cáucaso dos hombres de la misma capa social, surge siempre la siguiente pregunta, aunque no se haga verbalmente: «¿Por qué está usted aquí?». Me pareció que mi interlocutor se disponía a contestar a esta pregunta muda que le hice.

—¿Cuándo terminará la expedición? —dijo con tono indolente—. ¡Esto es un aburrimiento!

—Yo no me aburro —repliqué—. En el cuartel se aburre uno mucho más.

—¡Oh, desde luego, en el cuartel se está mil veces peor! —exclamó con rabia—. Pero ¿cuándo terminará todo esto?

—¿Qué quiere usted que termine? —pregunté.

—¡Todo! ¡Que acabe todo de una vez!... Esas chuletas ¿no están todavía, Nikolaiev? —preguntó.

—¿Por qué ha venido a servir al Cáucaso, si no le gusta?

—¿Sabe por qué lo he hecho? —me respondió con resuelta franqueza—. Por tradición. En Rusia existe la tradición de que el Cáucaso es la tierra prometida para toda clase de seres desgraciados.

—Esto es casi verdad —dije—. La mayor parte de nosotros...

—Pero lo mejor del caso es que todos los que venimos aquí por tradición nos equivocamos horriblemente en nuestros cálculos —me interrumpió—. No comprendo por qué a raíz de unos amores infortunados o del fracaso de algún negocio es mejor servir en el Cáucaso que en Kazan o Kaluga. En Rusia todos se presentan el Cáucaso como algo grandioso, con sus eternos hielos virginales, sus torrentes impetuosos, sus puñales, sus capotes de fieltro, sus guerreras circasianas...; se imaginan que todo esto es terrible, cuando en realidad no representa nada en particular. Si supieran, al menos, que nosotros no estamos nunca entre los hielos virginales, que no causa ninguna alegría vivir entre ellos, y que el Cáucaso se divide en provincias, como Stavropol, Tiflis, etcétera.

—Sí —dije, echándome a reír—. En Rusia se considera el Cáucaso de un modo completamente distinto de cómo lo vemos aquí. ¿Le ha ocurrido alguna vez probablemente leer versos en un idioma que no domina bien? Uno se los imagina mucho mejores de lo que son...

—Ignoro el motivo, pero no me gusta nada el Cáucaso —me interrumpió.

—Pues a mí me sigue gustando también ahora, pero de distinto modo.

—Tal vez tenga algo bueno —continuó con cierta irritabilidad—; pero lo único que me consta es que yo no me encuentro bien aquí.

—¿Por qué? —le pregunté por decir algo.

—En primer lugar, porque me ha engañado. Siguiendo la tradición, yo venía al Cáucaso para curarme de una serie de cosas, pero todas ellas han venido conmigo, con la única diferencia de que antes todo era en gran escala y, ahora, en cambio, es en una escala mezquina y sucia, en cuyos peldaños me encuentro millones de molestias, iniquidades y ofensas; en segundo lugar, porque me doy cuenta de que moralmente cada día caigo más y, sobre todo, porque me siento incapaz para este servicio: no puedo soportar los peligros... Sencillamente, no soy valiente... —se detuvo y me miró—. Fuera de bromas.

Aunque esta confesión espontánea me sorprendió mucho, no lo contradije como él deseaba, al parecer, sino que esperé a que él mismo hiciera objeción a sus palabras, cosa que suele ocurrir en semejantes ocasiones.

—¿Sabe usted que es la primera vez que salgo de operaciones? —continuó—. No puede usted figurarse lo que me ocurrió ayer. Cuando el sargento trajo la orden que designaba a mi compañía a formar parte de la columna, palidecí y la emoción no me dejó hablar. ¡Si supiera usted la noche que he pasado! Si es verdad que el cabello se pone blanco por el miedo, yo debería estar completamente canoso hoy. Seguramente ningún condenado a muerte sufre más una noche de lo que he sufrido yo; incluso ahora, que me siento un poco mejor, es terrible lo que me pasa aquí —añadió, agitando el puño ante su pecho—. Y es ridículo que por dentro se desarrolle un drama horroroso, mientras uno come chuletas con cebolla y asegura que está muy alegre. ¿Hay vino, Nikolaiev? —preguntó, bostezando.

—¡Es él, muchachos! —gritó en aquel instante un soldado con voz alterada; todos los ojos se dirigieron hacia la linde del lejano bosque.

En la lejanía, llevada por el viento, se levantaba una creciente nube de humo azulado. Cuando comprendí que el disparo del enemigo iba dirigido contra nosotros, todo lo que tenía ante mis ojos en aquel momento adquirió un aspecto nuevo e imponente. Los fusiles en pabellón, el humo de las hogueras, el cielo azulado, las verdes cureñas y el moreno rostro bigotudo de Nikkolaiev, todo me decía que el obús que había salido de la boca del cañón y que volaba por el espacio tal vez se dirigía a mi pecho.

—¿De dónde ha cogido usted el vino? —pregunté negligentemente a Boljov, mientras que en el fondo de mi alma dos voces hablaban con la misma claridad; una decía: «Señor, recibe mi alma en paz». Y la otra: «Espero no agacharme y sonreír en el

momento en que pase el obús».

En aquel instante, algo pasó por encima de nuestras cabezas produciendo un silbido muy desagradable, y el obús estalló a dos pasos de allí.

—Si yo fuese Napoleón o Federico —dijo Boljov, volviéndose hacia mí con sangre fría— seguramente diría alguna frase grande.

—La acaba usted de decir —repliqué, ocultando con dificultad la inquietud que me había producido el peligro pasado.

—Nadie anotará lo que he dicho.

—Yo lo haré.

—Si lo hace usted, será para criticarlo, como dice Mischenkov —añadió sonriendo.

—¡Condenado! —exclamó Antonov, que se hallaba detrás de nosotros, escupiendo con gran indignación—. Ha estado a punto de darme en los pies.

Todos nuestros esfuerzos por aparecer tranquilos y nuestras frases ingeniosas me parecieron estúpidas, al oír esta ingenua exclamación.

VII

El enemigo había colocado dos cañones en el sitio donde habíamos visto a los tártaros y cada veinte o treinta minutos disparaban contra nuestros soldados que talaban los árboles. Mandaron a mi sección llanura adelante y se dio la orden de contestar al enemigo. En el linde del bosque se veía humo, se oían detonaciones y silbidos y las balas caían delante o detrás de nosotros. Los proyectiles del enemigo no nos ocasionaban ninguna baja.

Los artilleros, lo mismo que siempre, se portaban admirablemente. Cargaban con rapidez, apuntaban con cuidado por entre el humo, bromeando tranquilamente entre sí. La infantería, inactiva y silenciosa, permanecía cerca de nosotros, esperando su turno. Los taladores continuaban su faena, las hachas resonaban en el bosque cada vez más rápidas y a intervalos, más cortos; sólo cuando se oía el silbido del proyectil, todo callaba de pronto y, en medio del silencio sepulcral, unas voces ligeramente emocionadas decían: “¡Apartaos, muchachos! Todas las miradas se fijaban en el obús, que tan pronto rebotaba contra las hogueras como contra los troncos cortados.

La niebla se había elevado y, adquiriendo formas de nubes, desaparecía poco a poco en el cielo, de un azul oscuro; el sol brillaba vivamente, formando alegres reflejos en el acero de las bayonetas, en el cobre de los cañones, en la tierra que empezaba a

deshelarse y en la escarcha resplandeciente. En el aire se sentía el frescor de la helada matinal, juntamente con el calor de un sol de primavera; millares de sombras y de colores distintos se combinaban en las secas hojas del bosque, y en la carretera llana y brillante se destacaban claramente las huellas de las ruedas y de las herraduras de los caballos.

Entre los soldados, la agitación era cada vez mayor y más sensible. De todas partes aparecían con más frecuencia nubecillas de humo azulado. Los dragones, con banderolas ondeantes en las lanzas, salieron hacia delante; en las compañías de infantería se oyeron canciones, y el convoy de la leña empezó a retirarse hacia la retaguardia. El general dio la orden a mi sección de que se preparase para la retirada. Situándose entre los arbustos, frente a nuestro flanco izquierdo, el enemigo empezó a inquietarnos seriamente con sus descargas. Desde el lado izquierdo del bosque, silbó una bala, que cayó en una cureña, después otra... y otra... La infantería, situada junto a nosotros, se levantó con gran alboroto y, cogiendo los fusiles, ocupó la línea. Los disparos aumentaban, volando los proyectiles cada vez con mayor frecuencia. Comenzó la retirada y, como sucede siempre en el Cáucaso, dio principio a la verdadera batalla.

Por todo se deducía que a los artilleros no les habían gustado los obuses a los infantes. Antonov fruncía el ceño, Chikin imitaba el silbido de las balas y gastaba bromas, aunque se veía que no le agradaban. De una dijo: «¡Cómo se apresura!», a otra la llamó: «La abejita» y a la tercera, que había pasado por encima de nosotros silbando de un modo quejumbroso y prolongado: «¡Huérfana!», lo que provocó la hilaridad general.

El recluta, por su falta de costumbre, inclinaba la cabeza hacia un lado y estiraba el cuello a cada bala que pasaba, lo que también hacía reír a los demás soldados.

—¿Por qué la saludas? ¿Es que la conoces? —le decían.

Hasta Velenchuk, siempre sereno ante el peligro, se hallaba en un estado de ánimo alterado: al parecer, le irritaba que no respondiésemos con metralla a los disparos del enemigo. Varias veces dijo, con voz que denotaba su descontento:

—¿Vamos a dejar que él dispare contra nosotros sin más ni más? Si volviésemos hacia allá el cañón y los barriésemos con metralla, no os preocupéis, dejarían de disparar.

En efecto, había llegado el momento de hacerlo: di orden de disparar la última granada y de cargar con metralla.

—¡Metralla! —exclamó Antonov, con bravura, acercándose envuelto en humo al cañón con un escobillón en la mano, en cuanto hubimos hecho la primera descarga.

En aquel mismo momento oí detrás de mí el rumor rápido y seco de una bala que acababa de dar contra un cuerpo. Se me oprimió el corazón. «Ha alcanzado a alguno de los nuestros», pensé, temiendo volverme, bajo la influencia de un penoso presentimiento. En efecto, acto seguido se oyó la caída de un cuerpo pesado y un ¡ay! desgarrador.

—¡Me han herido, hermanos! —dijo con esfuerzo una voz que reconocí.

Era Velenchuk. Se había desplomado de espaldas entre el cañón y el avantrén. La mochila que llevaba había caído a un lado. Tenía la frente ensangrentada y unos hilillos de sangre espesa y rojo se salían de un ojo y de la nariz. Se le veía una herida en el vientre, pero casi no sangraba de ella, y al caer se había producido una lesión en la frente.

Todo esto lo comprendí después; en el primer momento, sólo vi una masa informe y, según me pareció, gran cantidad de sangre.

Ninguno de los soldados que cargaba el cañón pronunció una palabra; sólo el recluta murmuró algo así como: «Hay que ver cuánta sangre», y Antonov, frunciendo el ceño, rezongó enojado; pero, por todo, se veía perfectamente que la idea de la muerte acudió a todos nosotros. Todos continuaron cumpliendo su deber con más diligencia. El cañón quedó cargado en un instante; al traer la metralleta, el polvorista dio un rodeo al lugar en el que yacía el herido, que continuaba quejándose.

VIII

Todos cuantos han tomado parte en un combate habrán experimentado probablemente ese extraño sentimiento de horror, nada lógico pero invencible, que produce el lugar donde alguien ha caído muerto o herido. Los soldados de mi sección se dejaron dominar visiblemente por este sentimiento, cuando tuvieron que levantar a Velenchuk y transportarlo al coche de la ambulancia que había llegado. Jdanov se acercó al herido con aire enojado y, sin hacer caso de sus gritos, que iban en aumento, lo asió por debajo de los brazos y lo incorporó.

—¿Qué esperáis? ¡Cogedlo! —gritó.

Inmediatamente rodearon al herido unos diez soldados que se prestaron a ayudar aunque no hacían falta.

Apenas lo movieron, Velenchuk empezó a debatirse y a gritar terriblemente.

—¿Por qué chillas como una liebre? —exclamó Antonov con brutalidad, sujetándolo por un pie—. Si no callas, te abandonaremos.

El herido calló; sólo de cuando en cuando decía:

—¡Oh, es la muerte, hermanos!

Cuando lo instalaron en el coche, incluso dejó de lamentarse y oí que hablaba con sus compañeros en voz baja, aunque inteligible.

En las batallas a nadie le gusta ver a un herido; instintivamente me alejé de aquel espectáculo. Ordené que llevaran pronto a Velenchuk al puesto de socorro y me acerqué a los cañones. Pero, al cabo de unos momentos, me dijeron que Velenchuk me llamaba y me dirigí al coche.

El herido yacía en el fondo de éste, agarrándose con ambas manos a los bordes. Su ancho y saludable rostro había cambiado por completo en unos segundos: parecía que había adelgazado y envejecido varios años; sus labios estaban delgados, exangües y apretados con visible esfuerzo; la expresión torpe de su mirada se había trocado en un momento en un brillo sereno y claro, y se percibía la huella de la muerte en su frente y en su nariz ensangrentadas.

A pesar de que el menor movimiento le producía insoportables dolores, pidió que le quitaran de la pierna el cheres (bolsita que los soldados llevan generalmente atada debajo de la rodilla) con el dinero.

Me produjo una impresión dolorosa ver su pierna blanca y sana, cuando le quitaban la bota y le desataban el cheres.

—Aquí hay tres rublos y cincuenta kopecks —me dijo en cuanto cogí el cheres—. Guárdelos.

El coche se puso en marcha, pero Velenchuk lo detuvo.

—Le estaba confeccionando un capote a Sulimovsky. Me... entregó dos rublos. Compré botones por valor de rublo y medio y los tengo guardados, con los cincuenta kopecks que sobraron, en la mochila.

—Bien, bien —dije—. ¡Que te mejores, hermano!

No me contestó. El coche se puso en marcha y Velenchuk empezó a gemir y a lanzar ayes con una voz terrible y desgarradora. Era como si, después de dejar arregladas las cosas de este mundo, no hallase motivos para contenerse y considerase que se le permitía ese alivio.

—¿Adónde vas? ¡Vuelve! ¿Adónde vas? —le grité al recluta que, con la mecha de reserva debajo del brazo y con una varita en la mano, se disponía a seguir tranquilamente la ambulancia que se llevaba al herido.

Pero el recluta se limitó a mirarme con expresión negligente, masculló algo y siguió andando. Me vi obligado a enviar un soldado en busca suya. Se quitó el gorro rojo y, sonriendo estúpidamente, me miró.

—¿Adónde ibas? —le pregunté.

—Al campamento.

—¿Para qué?

—¿Cómo?... Han herido a Velenchuk —dijo, sonriendo de nuevo.

—¿Y a ti qué te importa? Debes quedarte aquí.

Mi miró, sorprendido; luego se volvió tranquilamente y, poniéndose el gorro, se fue a su puesto.

El combate, en general, había resultado satisfactorio; se decía que los cosacos habían realizado un ataque brillante; la infantería se había abastecido de leña sin tener más bajas que seis hombres heridos; la artillería perdió a Velenchuk y dos caballos. En cambio se habían talado unas tres verstas de bosque, dejando el lugar completamente desconocido: en vez de la linde del bosque, que formaba una masa compacta momentos antes, se habría una enorme pradera, cubierta de hogueras humeantes, por la que avanzaban las tropas hacia el campamento. A pesar de que el enemigo no cesó de perseguirnos con su fuego de artillería y de fusiles hasta el riachuelo y el cementerio que atravesamos por la mañana la retirada se llevaba a cabo felizmente. Empezaba ya a pensar en los schi (sopa de coles) y en las costillas de carnero con kasha (gachas) que me esperaban en el campamento, cuando llegó la noticia de que el general había ordenado construir un reducto en la orilla del río, para que acampara allí, hasta el día siguiente, el tercer batallón del regimiento de K*** y la sección de la cuarta batería. Los carros con la leña y los heridos, los cosacos, la artillería y la infantería con fusiles y cargas de leña al hombro, pasaron ante nosotros formando gran alboroto y cantando. En todos los rostros se veía la animación y el contento por haber pasado el peligro y por la esperanza de un descanso. Sólo nosotros, en compañía del tercer batallón, debíamos aplazar esos placeres hasta el día siguiente.

Mientras nosotros, los artilleros, nos afanábamos junto a los cañones disponiendo los arzones y los avatares, la infantería había colocado los fusiles en pabellón y encendido las hogueras, y después de construir barracones con ramas y con hojas de maíz, preparaba la kasha.

Comenzaba a oscurecer. Se deslizaban por el cielo nubes de un blanco azulado. La niebla, que se había transformado en una ligera calina, mojaba la tierra y los capotes de los soldados; el horizonte se iba estrechando y los alrededores adquirían un tinte sombrío. La humedad, que penetraba a través de mis botas, el incesante movimiento, la conversación en la que tomaba parte, el fango pegajoso en que se me hundían los pies, y mi estómago vacío, me pusieron en un estado de ánimo triste y desagradable después de un día de cansancio físico y moral. No podía dejar de pensar en Velenchuk. La sencilla historia de su vida de soldado perseguía mi imaginación.

Sus últimos momentos fueron tan serenos como toda su vida. Había vivido con excesiva honradez y de un modo demasiado sencillo para que su fe ingenua en la vida futura, en la vida celestial, pudiera quebrantarse en el momento decisivo.

—Señor —me dijo Nikolaiev, acercándose—. El capitán le invita a tomar el té.

Abriéndome paso con dificultad entre los pabellones de fusiles y las hogueras, me dirigí, en pos de Nikolaiev, a la tienda de Boljov, pensando con placer en un vaso de té caliente y en una alegre charla que disipara mis pensamientos sombríos.

—Qué, ¿has dado con él? —preguntó Boljov desde la tienda, construida con hojas de maíz, en la que brillaba una lucecita.

—¡Aquí lo traigo, mi capitán! —contestó Nikolaiev con su voz de bajo.

Boljov estaba sentado en la choza sobre un capote de fieltro seco, con el uniforme desabrochado y sin gorro. Junto a él hervía el samovar y había unos bocadillos colocados en un tambor. Una bayoneta, en cuyo mango ardía una vela, estaba clavada en la tierra.

—¿Qué le parece? —exclamó Boljov con aire de satisfacción, dirigiendo una mirada a la confortable estancia.

Se estaba tan bien en aquella choza que no tardé en olvidar la humedad, la oscuridad y la herida de Velenchuk. Hablamos de Moscú y de cosas que no tenían nada que ver con la guerra ni con el Cáucaso.

Después de uno de esos momentos de silencio que suelen interrumpir a veces las conversaciones más animadas, Boljov me miró risueño.

—Supongo que le habrá parecido a usted muy extraña la conversación que sostuvimos esta mañana —me dijo.

—No. ¿Por qué? Sólo opino que es usted demasiado sincero; hay cosas que nadie ignora, pero de las que no se debe hablar nunca.

—¿Por qué? ¡Nada de eso! Si hubiese alguna posibilidad de cambiar esta vida por otra, pobre y trivial, pero exenta de peligros y de servicios, la cambiaría sin vacilar en absoluto.

—¿Por qué no se trasladó usted a Rusia? —pregunté.

—¿Por qué? —repitió Boljov—. ¡Oh, hace mucho que he pensado en eso! Pero no puedo volver a Rusia hasta que me concedan las cruces de Ana y Vladimiro; la condecoración de Ana al cuello y el grado de comandante que esperaba conseguir cuando vine aquí.

—Pero ¿no se siente incapaz, como acaba de decir, para el servicio en el Cáucaso?

—¡Es que me siento aún menos capaz de volver a Rusia de lo que me sentía al venir aquí! Otra de las tradiciones que existen en nuestro país, confirmada por Passek, Selptsov y otros, es que en cuanto llega uno al Cáucaso adquiere una infinidad de condecoraciones. Todo el mundo las espera y hasta las exige de nosotros; pero heme aquí desde hace dos años y, después de haber tomado parte en dos expediciones, aún no me han condecorado. Todo el mundo las espera y hasta las exige de nosotros; pero heme aquí desde hace dos años y, después de haber tomado parte en dos expediciones, aún no me han condecorado. No obstante, tengo tanto amor propio que no me he de marchar del Cáucaso por nada del mundo sin haber llegado a comandante, ni sin ostentar las cruces de Ana y de Vladimiro. Me he dejado arrastrar hasta tal punto por todo esto, que me encocora terriblemente cuando Gnilokishkin consigue alguna distinción y yo no. Además, ¿cómo presentarme en Rusia sin una sola condecoración ante mi starosta, el comerciante Kotiolnivov, a quien vendo trigo, ante mi tía de Moscú y ante todos aquellos señores, después de dos años de permanencia en el Cáucaso? Ciertamente es que todos esos señores no me interesan y, probablemente, tampoco ellos se preocupan de mí, pero así es el hombre: no me interesan y, sin embargo, por ellos echo a perder los mejores años de mi vida, mi felicidad y mi porvenir.

XI

En aquel momento se oyó fuera la voz del comandante del batallón.

—¿Con quién está usted, Nikolai Fiodorovich?

Boljov me nombró, y acto seguido entraron tres oficiales: el mayor Kirsanov, el

ayudante de su batallón y el comandante del regimiento, Trosenko.

Kirsanov era un hombre grueso, de mediana estatura, de bigote negro, rostro colorado y ojos brillantes. Sus ojillos constituían el rasgo más llamativo de su fisonomía. Cuando reía, sus ojos no eran sino dos estrellitas húmedas y, juntamente con sus labios tirantes y su cuello estirado, adquirían a veces una expresión absurda. Kirsanov se conducía mejor que nadie en el regimiento: los subordinados no le injuriaban y los jefes lo respetaban, a pesar de que, según la opinión general, no era muy inteligente. Conocía bien el servicio, era exacto y activo, siempre disponía de dinero, poseía coche y cocinero propios, y sabía fingirse orgulloso con gran naturalidad.

—¿De qué hablaban ustedes, Nikolai Fiodorovich? —preguntó al entrar.

—De lo agradable que resulta el servicio en el Cáucaso.

Pero, en aquel momento, Kirsanov se fijó en mí y, como yo era junker, para demostrarme su importancia, fingió no oír la respuesta de Boljov y, mirando el tambor, dijo:

—¿Qué, está cansado, Nikolai Fiodorovich?

—No, nosotros... —empezó diciendo Boljov.

Pero, por lo visto, la dignidad del comandante exigía otra interrupción y otra pregunta:

—¿No le han parecido magníficas las operaciones de hoy?

El ayudante del batallón, un alférez muy joven que hacía poco había salido de la escuela de los junkers, era un muchacho modesto y tranquilo, de agradable rostro, tímido y bondadoso. Ya me había encontrado con él otras veces en casa de Boljov. Cuando venía, solía saludar y sentarse en un rincón, donde permanecía varias horas seguidas haciendo cigarrillos y fumándolos; después se levantaba, se despedía y se marchaba. Era el prototipo del noble ruso sin bienes, que elige la carrera de las armas como la única adecuada a su educación y que considera la graduación militar como la cosa más elevada del mundo. Un tipo ingenuo y simpático, a pesar de la bolsita para el tabaco, el batín, la guitarra y el cepillito para el bigote, objetos ridículos con los que nos lo imaginábamos. En el regimiento contaban que se enorgullecía de mostrarse justo, aunque muy severo con su asistente. Solía decir: «Castigo rara vez, pero cuando me obligan a ello, soy muy duro». Una vez que su ordenanza, estando borracho, le robó y hasta le insultó, el alférez lo llevó al cuerpo de guardia y ordenó que preparasen todo para castigarle; pero, al ver los preparativos, se turbó tanto que sólo pudo decir: «Ya ves, ahora podría...» y, muy azorado, corrió a su casa. Desde entonces, tuvo miedo de mirar a los ojos a Chernov. Sus compañeros no le dejaban en paz y se burlaban de su proceder; varias veces oí que se defendía, asegurando que eso no era

verdad, rojo hasta las orejas, lo mismo que un chiquillo ingenuo.

El tercero, el comandante Trosenko, era un viejo caucasiano en toda la extensión de la palabra; es decir, un hombre para quien el regimiento que mandaba había llegado a ser como su propia familia; la fortaleza, donde se encerraba la guarnición, su patria, y los cantores, el único placer de su vida. Para él, todo lo que no fuera el Cáucaso merecía desprecio; en cambio, el Cáucaso se dividía en dos partes: la nuestra y la otra. Adoraba a la primera y aborrecía con todas las fuerzas de su alma a la segunda. Ante todo, era un hombre de valor templado y sereno, de una bondad extraordinaria hacia sus compañeros y sus subalternos y de una rectitud rayana en crueldad hacia los ayudantes y los de buena estrella, a los que aborrecía sin saber por qué. Al entrar en la choza, estuvo a punto de romper el techo con la cabeza; pero después, de pronto, tomó asiento en el suelo.

—¿Qué hay? —preguntó; pero al ver mi rostro, que le era desconocido, se interrumpió fijando en mí sus ojos turbios y penetrantes.

—¿De qué hablaban? —preguntó el mayor, sacando el reloj y consultando la hora. Yo estaba persuadido de que no tenía por qué hacerlo.

—Me preguntaba por qué estoy aquí.

—Lo que quiere Nikolai Fiodorovich es distinguirse en el Cáucaso y luego marcharse a su casa.

—Y usted, Abrahán Ilich, ¿por qué sirven en el Cáucaso?

—¿Yo? En primer lugar, porque todos tenemos obligación de servir. ¿Qué? —añadió, a pesar de que todos estábamos callados—. Ayer he recibido carta de Rusia, Nikolai Fiodorovich —continuó con evidentes deseos de cambiar de conversación—. Me escriben..., me hacen unas preguntas tan extrañas...

—¿Preguntas? —repitió Boljov.

Se echó a reír.

—Verdaderamente son muy extrañas... Me preguntan si pueden existir los celos sin amor... ¿Qué opinan ustedes? —inquirió, mirándonos a todos.

—¡Vaya! —exclamó Boljov sonriendo.

—¿Saben que en Rusia se está muy bien? —prosiguió como si sus frases se sucedieran naturalmente una a otra—. Cuando estuve en el año 52 en Tambor, me recibían en todas partes como si fuese ayudante de campo del emperador. No me creerán ustedes;

una vez asistí a un baile que daba el gobernador... Me acogió inmejorablemente. La esposa del gobernador en persona conversó conmigo preguntándome por el Cáucaso, y todos..., yo no sabía... Todos miraban mi sable dorado, como si se tratase de una curiosidad. Me preguntaban por qué me habían concedido el sable, por qué la cruz de Ana, por qué la de Vladimiro, y yo lo explicaba todo... ¿Qué? Eso es lo bueno que tiene el Cáucaso, Nikolai Fiodorovich —añadió sin esperar respuesta—. En Rusia admiran mucho a los compañeros del Cáucaso. Un joven oficial del Estado Mayor, condecorado con las cruces de Ana y Vladimiro, está muy bien visto en Rusia... ¿No cree?

—Supongo que se habrá usted dado todo, Abrahán Ilich —observó Boljov.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —rio el aludido, con su estúpida risa—. Es preciso hacerlo ¿sabe? Además, ¡qué bien comí durante aquellos dos meses!

—¡Qué nos dice! Probablemente han tomado limonada. Si yo fuese allí, le demostraría cómo beben los caucasianos. No se desacreditaría nuestra fama. Ya les demostraría yo cómo bebemos... ¿Eh, Boljov? —agregó.

—Pero tú, amigo, llevas ya diez años en el Cáucaso —objetó Boljov—. ¿No recuerdas lo que dijo Ermolov? En cambio, Abrahán Ilich no lleva más que seis...

—¡Cómo diez! Pronto hará dieciséis.

—Oye, Boljov, ordena que nos traigan de beber. ¡Qué humedad! ¡Brrr! —añadió sonriendo—. ¿Quiere que bebamos, mayor?

Pero el mayor estaba descontento ya desde la primera vez que se dirigiera a él el viejo capitán, se encogió en aquel momento y buscó refugio en su propia grandeza. Tarareó una canción, consultando de nuevo el reloj.

—Pues yo no iré nunca allí —continuó Trosenko, sin hacer caso del comandante—. Hasta me he desacostumbrado de andar y de hablar al estilo ruso. Allí preguntarían. «¿Quién es ése? ¡Bueno, ya se sabe, viene de Asia!». Así, pues, Nikolai Fiodorovich, ¿qué puede representar para mí Rusia? De todas formas, llegará un día en que aquí me peguen un tiro. Y cuando pregunten: «¿Dónde está Trosenko?». Contestarán: «Le han pegado un tiro». ¿Qué hará usted entonces con la octava compañía? —añadió dirigiéndose siempre al mayor.

—¡Que se vaya el de guardia al batallón! —gritó Kirsanov, sin contestar al capitán aunque ya estaba nuevamente convencido de que no necesitaba dar ninguna orden—. Supongo, joven, que estará usted contento de recibir un salario doble —añadió, dirigiéndose al ayudante del batallón, después de unos veinte minutos de silencio.

—¡Cómo no! Estoy muy contento.

—Considero que nuestros sueldos son elevados en la actualidad, Nikolai Fiodorovich —continuó—. Un joven puede vivir muy bien de su sueldo y hasta permitirse algún pequeño lujo.

—Verdaderamente, Abrahán Ilich, no lo creo así —objetó con timidez el ayudante—. Aunque la paga sea doble, no... Es preciso que tengamos un caballo...

—¿Qué me dice usted, joven? Yo también he sido alférez, de manera que lo sé. Créame que con esas pagas se puede vivir ordenadamente. Verá usted, hagamos la cuenta —añadió, doblando el dedo meñique de la mano izquierda.

—Todos pedimos la paga por adelantado, ya tiene usted la cuenta hecha —intervino Trosenko, apurando una copa de vodka.

—Bueno... ¿y con eso, qué quiere usted...? ¿Qué?

En aquel momento, por la puerta de la caseta, asomó una cabeza blanca de nariz achaparrada y una voz bronca pronunció en alemán:

—¿Está usted ahí, Abrahán Ilich? El oficial de servicio pregunta por usted.

—¡Adelante, Kraft!

Un hombre alto con guerrera de Estado Mayor penetró por la puerta y estrechó la mano a todos los concurrentes con extraordinaria efusión.

—¡Ah querido capitán! ¿También usted se encuentra aquí? —exclamó, dirigiéndose a Trosenko.

—A pesar de la oscuridad, el nuevo huésped se deslizó hacia el capitán y, al parecer, con gran extrañeza y descontento de éste, lo besó en los labios.

“Es un alemán que pretende ser un buen compañero, pensé.

XII

Mi suposición se confirmó en el acto. El capitán Kraft pidió vodka a la que llamaba gorilka y echó la cabeza hacia atrás y carraspeó al tomársela.

—¿Qué, señores? Hemos corrido por los valles del Chechna... —empezó diciendo; pero, al ver al oficial de servicio, calló para dejar al comandante que diera la orden.

—¿Ha recorrido usted la línea?

—Sí, mi comandante.

—¿Se ha dado la consigna?

—Sí.

—Entonces, transmita a los jefes de las compañías la orden de que procedan con la mayor cautela.

—A sus órdenes, mayor.

Kirsanov entornó los ojos y se sumió en profundas reflexiones.

—Dígale a los soldados que pueden preparar la kasha.

—Ya lo están haciendo.

—Bueno, puede retirarse.

—Estábamos calculando lo que necesita un oficial —prosiguió Kirsanov, dirigiéndose a nosotros con sonrisa condescendiente—. Vamos a ver.

—Necesita guerrera y pantalón... ¿No es eso?

—Sí.

—Pongamos cincuenta rublos para dos años, es decir, veinticinco rublos al año para el uniforme; para comer hay que calcular ciento veinte, ¿verdad?

—Sí, y hasta es demasiado.

—Bueno, pero calculo eso. Los gastos del caballo, es decir, la silla y sus reparaciones, treinta rublos. Y eso es todo. Son veinticinco, ciento veinte y treinta; en total, ciento setenta y cinco rublos. Así, quedan para lujos, té, azúcar y tabaco, unos veinte rublos. ¿Lo ve usted?... ¿No es eso, Nikolai Fiodorovich?

—No; permítame, Abrahán Ilich —objetó con timidez el ayudante—. No queda nada para té ni para azúcar. Usted calcula unos pantalones para dos años, pero estando en campaña no se gana para pantalones. ¿Y las botas? Destrozo un par casi todos los meses y, además, se necesita ropa: camisas, toallas; todo eso hay que comprarlo. Si uno echa la cuenta ve que no le queda ningún dinero. Palabra, que esto es cierto, Abrahán Ilich.

—Pues yo le diré —observó Trosenko—, que, de cualquier modo que se echen las cuentas, siempre resulta que el militar no tiene ni para comer; pero, en realidad, todos vivimos, tomamos té, fumamos y bebemos vodka. Cuando lleve tanto tiempo de servicio como yo —prosiguió, dirigiéndose al alférez—, aprenderá a vivir. ¿Saben ustedes, señores, cómo trata a sus asistentes? —y Trosenko, muerto de risa, nos relató la historia del alférez y su asistente, a pesar de que la habíamos oído miles de veces—. ¿Por qué te has puesto como una amapola? —dijo al alférez, que había enrojecido, sudaba y sonreía con una cara que daba pena verlo—. No te preocupes, amigo, también yo he sido como tú, y ahora soy un valiente. ¡Qué viniera al Cáucaso alguno de esos muchachos de Rusia, ya hemos tenido ocasión de verlos; no tardarán en padecer de reumatismo y espasmos; en cambio, yo me he establecido aquí y me encuentro como en casa, como en mi propia cama! Ya ven... —al decir estas palabras apuró otra copa de vodka—. ¿Eh? —añadió mirando fijamente a los ojos de Kraft.

—Siento gran respeto por usted. ¡Es usted un auténtico hombre del Cáucaso! Deme la mano —y Kraft, abriéndose paso entre todos nosotros, llegó hasta Trosenko y, cogiéndole la mano se la sacudió con gran efusión—. Podemos decir que en el Cáucaso hemos pasado de todo. En el año 45..., también estaba usted allí, ¿verdad, capitán? ¿Recuerda la noche del doce al trece, que la pasamos hundidos hasta la rodilla en un lodazal y el día siguiente en que fuimos a las trincheras? Entonces estaba yo con el comandante en jefe y tomamos quince trincheras en un solo día. ¿Lo recuerda, capitán?

Trosenko movió la cabeza afirmativamente y, alargando un poco el labio inferior, entornó los ojos.

—Verá usted... —empezó diciendo Kraft, muy animado, dirigiéndose al mayor y haciendo gestos intempestivos.

Pero Kirsanov, que seguramente había oído ese relato reiteradas veces, miró a su interlocutor poniendo los ojos tan turbios e inexpresivos que Kraft se volvió hacia mí y hacia Boljov, mirándonos tan pronto a uno como a otro. En cambio, durante todo su relato no dirigió ni una sola vez la vista a Trosenko.

—Pues verán ustedes: en cuanto salimos por la mañana, el comandante en jefe me dijo: «¡Kraft, hay que tomar esas trincheras!». Ya saben ustedes, lo que es el servicio. Hay que obedecer sin replicar. «A la orden, excelencia». En cuanto nos acercamos a la primera trinchera me volví y dije a los soldados: «Muchachos, ¡estad alerta! No tengáis miedo. No vacilaré en matar con mi propia mano al que quede rezagado». Ya saben ustedes que a los soldados rusos hay que hablarles claramente. De pronto estalló una granada y vi que caía un soldado, luego otro, luego el tercero y las balas empezaron a silbar por todos lados. Dije: «¡Adelante, muchachos, seguidme!». Cuando llegamos vi, ¿cómo se llama?...

Y Kraft gesticuló con ambas manos buscando la palabra.

—Un precipicio —apuntó Boljov.

—No... pero ¿cómo es eso? ¡Ah, sí, un precipicio! —dijo rápidamente—. Avanzamos con las bayonetas caladas... ¡Hurra! No había un solo enemigo. Como pueden figurarse eso nos asombró. Pues bien: seguimos adelante hasta la segunda trinchera. Aquello era otra cosa. Estábamos ya muy excitados. Vimos que no se podía avanzar. Allí había... ¿cómo se llama eso?... Pero ¿cómo se llama eso?...

—Otro precipicio —apunté.

—Nada de eso —replicó enfadado—. No era ningún precipicio, sino... ¿cómo se llama? —e hizo con la mano un gesto vago—. ¡Oh Dios mío! ¿Cómo se llama eso?...

Se le veía tan atormentado que, involuntariamente, quería uno apuntarle.

.Tal vez fuese un río —dijo Boljov.

—No. Era un simple precipicio. En cuanto llegamos, no me lo creerán ustedes, vimos un fuego horroroso..., un infierno.

En aquel momento alguien me llamó desde fuera. Era Maximov. Después de escuchar cómo habían tomado dos trincheras, aún me quedaba que oír el relato de la toma de otras trece; por eso me alegró esa oportunidad para irme. Trosenko salió conmigo.

—Todo lo que dice es mentira. Ni siquiera estuvo en la toma de esas trincheras —me dijo cuando estuvimos a unos cuantos pasos de la choza.

Y se echó a reír tan de buena gana, que hasta me contagió.

XIII

Ya era noche cerrada y sólo las hogueras iluminaban el campamento cuando terminé mi faena y me acerqué a los soldados. Un gran tronco que ardía sin llama yacía sobre los carbones. Sólo tres hombres permanecían sentados alrededor de una hoguera: Antonov, que daba vueltas al puchero con el riabko (pan seco y tocino) sobre el fuego; Jdanov, que con expresión pensativa, quitaba la ceniza con una ramita, y Chikin, con su pipa eternamente apagada. Los demás se habían acostado ya unos, bajo los armones; otros, sobre el heno y algunos, junto a las hogueras. A la débil luz que producían los carbones distinguía las espaldas, las piernas y las cabezas que me eran conocidas. Entre los que estaban junto a las hogueras vi al recluta que, arrimado a la lumbre, parecía dormir. Antonov me hizo sitio. Me senté junto a él y encendí un cigarrillo. El olor de la niebla y del humo producido por la leña mojada, que se

esparcía por el aire, irritaba los ojos, mientras la humedad caía del oscuro cielo.

Junto a nosotros se oían ronquidos regulares, el crujido de las ramas del fuego, conversaciones en voz baja y, de cuando en cuando, el entrechocar de los fusiles de la infantería. Por doquier llameaban las piras, que iluminaban en torno suyo las negras figuras de los soldados. Yo divisaba, en los lugares iluminados más cercanos, las figuras desnudas de los soldados que sacudían sus camisas por encima de las llamas. Aún había muchos soldados que no dormían, moviéndose y hablando en un espacio de quince sajenas cuadradas; la noche, oscura y tenebrosa, daba un carácter misterioso a todo aquel movimiento; era como si todos percibiesen aquel silencio sombrío y temiesen romper su serena armonía. Cuando empecé a hablar, observé que mi voz tenía un timbre distinto. Leí en los rostros de los soldados un estado de ánimo como el mío. Pensé que, antes de mi llegada, habían estado hablando del compañero herido; pero nada de eso: Chikin hablaba de la recepción de objetos de Tiflis y de los del Cuerpo de Aduana.

Siempre he observado, sobre todo en el Cáucaso, el tacto especial de nuestros soldados de callar ante el peligro y evitar cuanto pudiera tener una influencia desfavorable en el ánimo de sus compañeros. El espíritu del soldado ruso no es como el de los pueblos del Sur, que se dejan llevar por el entusiasmo y se enfrían en seguida. Al ruso es tan difícil inflamarlo como obligarle a perder el ánimo. No necesita grandes efectos, discursos, gritos guerreros, canciones ni tambores, sino, por el contrario, tranquilidad, orden y evitar todo lo que pueda ponerle en tensión. En el soldado ruso, en el verdadero soldado ruso, no se observa jamás petulancia, fanfarronería, deseo de cegarse ni de inflamarse durante el peligro; al contrario, sus rasgos característicos son la modestia, la sencillez y la capacidad de ver en el peligro algo muy distinto de lo que es en realidad. He visto a un soldado herido en una pierna que en el primer instante, sólo lamentaba que le hubieran roto la pelliza nueva, y a un jinete, cuyo caballo cayó muerto cuando lo montaba, desatando la cincha para quitar la silla. ¿Quién no recuerda aquel caso del sitio de Guerguebil? En el laboratorio se inflamó la espoleta de una bomba cargada y el polvorista ordenó a dos soldados que la arrojasen al barranco. Pero éstos no la tiraron allí; porque estaba cerca la tienda del coronel; y al llevarla más lejos ambos perecieron destrozados. También recuerdo que, en una expedición, en el año 1852, uno de los soldados jóvenes dijo, durante el combate, que la sección no saldría viva de allí; todos se le echaron encima llenos de ira, porque había pronunciado una frase que no querían ni oír. Ahora, cuando en el alma de cada uno debía hallarse el recuerdo de Velenchuk y, cuando, de un momento a otro, podía llegar una descarga de los tártaros, todos escuchaban el relato de Chikin. Ninguno mencionaba el último combate, el peligro inminente, ni al herido, como si todos estos hechos hubiesen acontecido Dios sabe cuándo o no hubiesen ocurrido nunca. Sin embargo, me pareció que sus semblantes estaban algo más taciturnos que de ordinario y no escuchaban con mucha atención a Chikin, de lo que él mismo se daba cuenta aunque seguía hablando.

Maximov se acercó a la hoguera y se sentó junto a mí. Chikin le dejó sitio, guardó silencio y de nuevo empezó a dar chupadas a la pipa.

—Los de infantería han mandado a buscar vodka al campamento —dijo Maximov después de un silencio bastante prolongado—. Acaban de volver —escupió en la lumbre—. El suboficial dice que ha visto a nuestro herido.

—¿Vive aún? —preguntó Antonov, revolviendo en el puchero.

—No, ha muerto.

El recluta levantó de pronto su cabecita, tocada con el gorro rojo, y durante un momento nos miró fijamente a Maximov y a mí; luego bajó nuevamente la cabeza y se envolvió en el capote.

—¿Vez? No en vano fue la muerte a buscarlo cuando lo desperté en el parque —dijo Antonov.

—¡Qué tontería! —exclamó Jdanov, volviendo le leño que ardía lentamente.

Todos callaron. En medio del silencio general, se oyó un disparo tras de nosotros, en el campamento. Los tambores lo recibieron tocando a retreta. Cuando hubo tocado el último redoble. Jdanov se levantó y se quitó el gorro. Todos le imitamos.

En medio del profundo silencio de la noche se oyó un coro armonioso de voces masculinas:

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. Amen».

En el año 45, uno de nuestros soldados recibió una herida igual que la de éste —dijo Antonov cuando nos hubimos cubierto y sentado junto al fuego—. Durante dos días lo llevamos en nuestro cañón... ¿Recuerdas a Chevchenko, Jdanov?... Luego lo dejamos al pie de un árbol.

En aquel momento, un soldado de infantería, de enormes patillas y bigotes, se acercó a nuestra hoguera con su fusil y su mochila.

—Paisanos ¿me dan fuego para encender la pipa?

—Enciéndela. Hay bastante lumbre —replicó Chikin.

—Probablemente hablaba usted de Dargo —dijo el soldado a Antonov.

—Sí; me refería al año cuarenta y cinco, a la lucha que hubo allí —replicó Antonov.

El soldado movió la cabeza, entornó los ojos y se puso en cuchillas, junto a nosotros.

—¡Aquello fue tremendo! —observó.

—¿Por qué lo abandonaron? —le pregunté a Antonov.

—Le dolía mucho el vientre. Cuando estábamos parados, no sufría, pero en cuanto nos poníamos en marcha lanzaba gritos desgarradores. Nos pedía por Dios que lo dejáramos, pero nos daba lástima. En esto, él empezó a atacarnos en serio; cayeron tres soldados y un oficial de los nuestros. Y hasta nos separaron de nuestra batería. ¡Fue una desgracia! No podíamos llevarnos los cañones. Hubo mucho barro.

—Lo peor de todo es que había barro al pie del monte Indeisky —observó un soldado.

—Allí fue donde se puso mucho peor. Entonces Anoshenko —un viejo polvorista— y yo pensamos que no sobreviviría; y como nos pedía por Dios que lo dejáramos, así lo hicimos. Allí había un árbol muy frondoso. Le dejamos pan seco remojado, del que llevaba Jdanov, lo apoyamos contra el árbol, le pusimos una camisa limpia y, después de despedirnos como es debido, lo dejamos allí.

—¿Era buen soldado?

—Sí, bastante bueno —replicó Jdanov.

—Sólo Dios sabe lo que habrá sido de él —continuó Antonov—. Muchos hermanos nuestros quedaron allí.

—¿En Dargo? —exclamó el infante, levantándose y sacudiendo la pipa. De nuevo entornó los ojos y moviendo la cabeza dijo—: ¡Aquello fue tremendo!

Y el soldado se alejó.

—¿Quedan aquí muchos de los que estuvieron en Dargo? —pregunté.

Pues Jdanov, yo, Patzan, el que está de permiso ahora, y otros seis. No creo que haya más.

—Parece que Patzan ha echado una cana al aire aprovechándose de su permiso —observó Chikin, extendiendo las piernas y apoyando la cabeza en un tronco—. Pronto va a hacer un año que está ausente.

—Y tú, ¿has tomado algún permiso? —le pregunté a Jdanov.

—No, no lo he hecho nunca —contestó de mala gana.

—Es agradable tomarse unas vacaciones —dijo Antonov—, cuando se es de una familia rica o cuando se tienen fuerzas para trabajar. Entonces es halagüeño y, además, la familia se alegra.

—¿Para qué va uno a ir a su casa cuando no tiene más que un hermano que apenas puede mantenerse? No se va a ocupar del soldado. Al cabo de veinticinco años, ni sabe uno si vive.

—¿No le escribe? —pregunté.

—¡Cómo no! He escrito dos cartas, pero no me ha contestado. O se ha muerto o no me contesta porque vive en la miseria. ¡Qué se le va a hacer!

—¿Hace mucho que le has escrito?

—Al llegar de Dargo le envié la segunda carta.

—¿Por qué no cantas Beriozochka? —preguntó Jdanov a Antonov, el cual, apoyándose en las rodillas, tarareaba algo.

Antonov entonó la canción que le pedía.

—Ésta es la canción predilecta de Jdanov —me dijo Chikin en un susurro, tirándome del capote—. Si alguna vez Filip Antonovich la toca, se echa a llorar.

Al principio, Jdanov estaba completamente inmóvil con los ojos fijos en los carbones encendidos, y su semblante, iluminado por el rojo resplandor, parecía muy sombrío. Después, sus mandíbulas comenzaron a moverse cada vez más de prisa. Finalmente, Jdanov se levantó y, extendiendo el capote, se tendió. Tal vez diera vueltas y carraspearas, acomodándose para dormir, o tal vez la muerte de Velenchuk y ese tiempo tan triste influyeron en mí de este modo; pero lo cierto es que me pareció que lloraba. La parte inferior del tronco se había convertido en un carbón; de vez en vez se inflamaba, iluminando la figura de Antonov, con sus bigotes canosos, su rostro colorado y sus condecoraciones en el capote, que llevaba echado por los hombros, así como las botas, y la cabeza o la espalda de algún soldado. Del cielo caía una neblina triste y el aire olía a humedad y a humo; alrededor nuestro se veían los puntos luminosos que formaban las hogueras al extinguirse y se oían, en medio del silencio general, los sonos de la melancólica canción de Antonov. Cuando éste callaba, le replicaban los rumores nocturnos del campamento, los ronquidos, el entrechocar de

los fusiles de los centinelas y las conversaciones en voz baja.

—¡Segundo relevo! ¡Makatov y Jdanov! —gritó Maximov.

Antonov dejó de cantar, Jdanov se puso en pie, suspiró y, pasando por encima del tronco, se dirigió hacia los cañones.